

## PRESENTACIÓN

---

**A**NTE todo, gracias por acudir a esta convocatoria en la que tenemos la intención de presentar este nuevo número de una revista que ya no es nueva pero que necesita, cada vez que sale a la calle, dar un breve parte de su existencia por aquello de que la opinión pública tiene el sagrado derecho a la información.

Asimismo, mi más sincero agradecimiento a aquellas personas que han pensado en mí, que no tengo ni títulos ni especiales honores, para llevar a cabo este acto de presentación, hecho al que no podía de ningún modo negarme cuando por medio existía un hombre de la generosidad y extraordinaria valía de Fulgencio Saura Mira; sin olvidar, por supuesto, a esa Asociación de Amigos del Museo de la Huerta y al pueblo mismo de Alcantarilla que constantemente recuerda que la cultura, de la que tantos otros pueblos y personas reniegan, es el mejor y más perfecto antídoto contra los males del siglo.

Y es que los actos de cultura como el de hoy, se están convirtiendo en hechos cada vez más distantes y peregrinos desde que algún economista avisado descubriera que esto de la cultura es un mal negocio; una cuestión reservada a nostálgicos o lunáticos. Por todo lo cual no debe extrañarnos en absoluto que recientemente la palabra «intelectual» haya adquirido una nueva y sorprendente acepción cercana a lo delictivo que pronto hemos de incorporar al rico acervo de nuestro diccionario.

Pues bien, pese a esos malos agoreros que siguen sin entender que la cultura, mal que les pese, es con mucho la inversión más rentable; pese a ellos, digo, vamos, en esta mañana de domingo, a hablar de libros, de historia, de escritores, de literatura, de costumbres y de paisajes; de cultura, en definitiva, teniendo, eso sí, como telón de fondo, porque es lo que

nos ha traído hasta aquí a todos, este número tercero de la revista «Cangilón», que inaugura de esta manera su segunda etapa.

No me queda más remedio, antes de seguir adelante, que felicitar a todos los que han hecho posible que esta revista salga a la luz porque rara vez se ha podido ofrecer tanto en tan corto número de páginas y con un presupuesto y unos medios que deberían convertirse en perfecto modelo de austeridad para otros sectores donde abunda esto último y, sin embargo, falta lo auténticamente decisivo: las ideas y el amor al trabajo desinteresado.

La revista —y en concreto este número— colma con creces los objetivos que desde su digno papel de director se había propuesto Saura Mira, como manifiesta en los prolegómenos de sus páginas. «Cangilón» es, nadie podrá negarlo, el necesario vehículo de cultura y de transmisión de los valores culturales de este Museo de la Huerta. El director de esta publicación aprovecha ese espacio de la revista para algo que considero de sumo interés y que nadie debería olvidar: aquéllos que crean, nos indica Saura Mira, que «Cangilón» es una revista mejorable, cosa que es absolutamente cierta, que aporten las ideas necesarias y que envíen sus respectivos trabajos, que siempre serían, me consta, muy bien acogidos. La postura contraria, es decir, la murmuración y la crítica malsana, es el único patrimonio de los que alardean de unos atributos que sólo con la palabra tratan de compensar su inexistencia.

Ciñéndonos ya al contenido de las páginas de este tercer número, hemos de decir sin temor alguno a equivocarnos que en el mismo se encierran todos los ingredientes necesarios para que nadie pueda dudar de la existencia de una indiscutible calidad. He dicho páginas y esto supone una torpeza por mi parte porque esto implicaría el hecho físico de tener que

abrir la revista. Y me parece injusto llegar a ese punto sin pasar, obligatoriamente, por la propia portada.

Una magistral portada, como un buen título, es capaz, según han manifestado los expertos en el mundo de marketing, de vender toda una obra aunque su contenido sean varios centenares de páginas en blanco. Aunque éste no es, ni mucho menos, el caso, qué duda cabe que esa ilustración en la que se recoge un significativo fragmento de uno de los óleos más hermosos que jamás se hayan pintado en Murcia y por un artista murciano, en este caso Saura Pacheco, ayuda, cómo no, a que el lector encuentre más atractiva si cabe esta publicación.

Esto es una realidad y también un reto. Y los colaboradores de este nuevo número de «Cangilón» han hecho frente al mismo con una dignidad y una calidad que todo lector que se acerque a estas páginas podrá comprobar por sí mismo.

La poesía sirve esta vez de pórtico para las siguientes secciones. Se trata de una composición de indiscutible belleza que lleva la firma de alguien que hace ya muchos años que dejó de ser un profano en la materia. Se nota, y de qué manera, el oficio de su autor, de Antonio Torres, de quien aún recuerdo un libro, «Retinas del alma», publicado por la Universidad de Murcia en el que descubrí que la pasión y el conocimiento pueden convivir en una misma morada. Poema, en fin, dedicado a uno de esos cangilones que componen la ancestral noria y que simbolizan tantas y tantas cosas de la existencia misma, como la rutina eterna del vivir continuo y acompasado.

Diego Riquelme, también escritor y poeta si no me falla la memoria, dedica a continuación su espacio al pajar y la garbera en su estudio así titulado. Un texto, como el resto de los que componen este «Cangilón», de un indudable tono nostálgico pero en el que no

falta el dato fidedigno y cabal. Diego Riquelme no habla de cosas que nos sean ajenas y por completo desconocidas. Lo que él trae a colación nos resulta aún cotidiano con tan sólo cerrar los ojos y dejar que la imaginación materialice lo que, desafortunadamente, está a punto de convertirse en casi un sueño imposible. Tendremos que desterrar de nuestro rico refranero aquel dicho que tantas veces, y más por estos tiempos que corren, vienen al pelo: aquella sentenciosa frase en la que se dejaba indicado que tal o cuál persona era más gandúl que un trillo. Desterrarla digo, porque podría suceder que tuviéramos que explicar a continuación las propiedades de susodicho instrumento del que los más jóvenes ya no tienen la menor noción. El pajar, la era, la garbera, el trillo han de permanecer para siempre porque gracias a todo ello nuestros antepasados y muchos de los que aún están entre nosotros han podido subsistir. Eso explica que Diego Riquelme reivindique, atendiendo a sólidas razones como la antes apuntada, la presencia de esta estampa en el Museo de la Huerta.

Viene a continuación en este tercer número de «Cangilón» que hoy presentamos, un texto de extrema intensidad y, sobre todo, escrito con un lenguaje de una extraordinaria belleza, sin caer en los consabidos tópicos de siempre o en trasnochados barroquismos de fácil y dudosa factura. Una belleza, en fin, que para todos nosotros, para los que el lenguaje escrito se ha convertido en nuestro principal y casi diario vehículo de comunicación, quisiéramos. Me estoy refiriendo, claro está, al amplio trabajo de Juan Estremera Gómez, un profesor del que muchos murcianos, desde el silencio, nos sentimos auténticos discípulos: unos porque tuvieron acceso a las aulas por donde ha pasado, otros, como yo, porque hemos seguido con detenimiento y atención esas publicaciones que ha realizado relacionadas con el mundo de la investigación filológica y lite-

ría. El profesor Estremera, partiendo de las inolvidables enseñanzas de la generación del 98, de uno de cuyos más destacados miembros, Pío Baroja, se cumplen estos días treinta y cinco años desde su fallecimiento; partiendo de la lección noventayochista, decía, Estremera se adentra en el paisaje murciano. Y lo hace con esa técnica que debió aprender, no me cabe la menor duda, del maestro Azorín, quien recomendaba para casos como éste la llamada técnica del relojero, quien monta y desmonta sus piezas con limpieza y cuidado sin par. La lección del autor de este «Paisaje murciano» recogido en «Cangilón» es evidente: todo paisaje, incluso las tierras tristes y trágicas que tanto abundan en nuestra región, posee una belleza intrínseca, unos valores que hay que saber desentrañar no sólo con la observación directa, sino también con el palpito de nuestro corazón, que muy pocas veces nos engaña. El paisaje, en fin, es lo que el hombre que está frente a él quiere que sea. Todo ello, como antes apuntaba, escrito con una prosa modélica, perfectamente torneada y de una limpidez magistral, algo que, dicho sea de paso, no nos sorprende excesivamente a quienes sabíamos de las virtudes y posibilidades del profesor Estremera Gómez.

Es el propio director de esta publicación, Fulgencio Saura Mira, quien firma el trabajo que hace pared medianera con el que antes dábamos noticia. Se trata de un texto dedicado a algo que él conoce yo diría que como nadie: las fiestas de primavera de Murcia. Unas páginas de tono ciertamente elegíaco y evocador en el que no faltan las correspondientes y necesarias reivindicaciones. Saura Mira, que no reniega del progreso como intelectual y hombre culto que es, ve sin embargo con recelo esa ruptura con el pasado que muchas personas, ignorantemente, pretenden hacer como si aquéllos que nos engendraron, o aquel paisaje que nos vio nacer

fueran los causantes de sus propios errores y frustraciones.

Curiosas y de gran interés me han parecido las páginas que José Antonio Melgares Guerrero dedica al llamado «tío de la pita». Un personaje que ocupa un destacado lugar en nuestro folklore regional murciano y del que, sin embargo, muchos de nosotros no habíamos oído hablar hasta leer este trabajo que Melgares resuelve con la misma soltura que viene empleando en esos otros trabajos de similar cadadura sobre distintos aspectos artísticos y folklóricos de nuestra región y en especial, porque el corazón también manda lo suyo, sobre Caravaca. A quienes estamos ya contaminados para siempre por la intensa luz de la literatura este «tío de la pita», que sigue llegando a algunos pueblos murcianos desde un lugar ignoto entre el clamor popular y griterío de los chiquillos, y que un día desaparece como esas semillas que un año después vuelven a dar misteriosamente señales de vida; ese curioso personaje, digo, nos trae a la memoria esos otros entes de ficción que tanto abundan en las páginas de las novelas de García Márquez; como aquel gitano Melquíades, quien en «Cien años de soledad», muestra a los habitantes de Macondo las propiedades del imán y el arte de volar en alfombra.

El trabajo de José Antonio Melgares es un ejemplo fiel de lo que ha de ser toda investigación de nuestro rico folklore que así se precie. Aquí la observación directa se combina con el dato cabal y científico.

Aurelio Carrillo Moreno y su estudio sobre el ritual de vasallaje en la época medieval que tiene como telón de fondo la Torre fortaleza de las Alguazas, pone punto final a estas páginas dedicadas específicamente a la investigación. Un texto en el que sin faltar el rigor científico, presente en todo momento, existe además un ánimo comunicativo que queda reflejado con creces en el carácter di-

dáctico que poseen estas páginas. Aurelio Carrillo, como aclara en una nota a pie de página, no se refiere en esta ocasión a esas conocidas torres de la huerta murciana, de las que ya quedan muy pocas en pie, sino a esos otros edificios concebidos en un principio con carácter defensivo y que con el transcurrir de los años, cuando la belicosidad alcanza una definitiva tregua, llegarán a convertirse, como el propio Aurelio Carrillo tan precisamente los define, en símbolo del poder señorial, adoptando las funciones propias de sala de juicios, cárcel y hasta lugar de ejecuciones, que de esto último nunca nos ha faltado.

Aurelio Carrillo, sin faltar a la verdad, sabe crear esa atmósfera, ese ambiente necesario e indispensable para que todos los que somos profanos en la materia sintamos que la historia que se nos cuenta, aunque haga de ello varios siglos, nos es más cotidiana y por ello más entrañable y real.

Una «Crónica de los Amigos del Museo de la Huerta», a cargo del director de esa publicación y una sección que yo considero siempre eficaz y necesaria dedicada a la reseña de libros, ponen, ahora sí, punto final a este tercer número de «Cangilón» que, como han podido oír, sabe sacarle, y de qué manera, la

enjuandía a una treintena escasa de páginas. Eso sí que es auténtica productividad.

No crean que me he olvidado de las ilustraciones que componen el interior de este nuevo «Cangilón». Ilustraciones en las que participa, como no podía ser menos, el propio director de la revista y otro pintor, Saura Sánchez, que puede ser, y que de hecho ya lo es, todo un digno sucesor de una casta de buenos pintores cuyo mayor pecado, que están pagando con creces, es ser excesivamente sensibles, sobradamente artistas y guardar total fidelidad a su retina al querer apresar en sus cuadros los últimos instantes de un pasado del que pocos vestigios nos quedan. En fin, cosas de la moda que, como diría Larra, terminan por pasarse de moda, con lo que no hay que poner especial cuidado.

Y a mí, que han tenido la paciencia de escucharme sólo me resta, una vez más, dar las gracias por esta gentil invitación que me honra y felicitar con total sinceridad a todos aquéllos que han hecho posible el milagro de poner en la calle este nuevo número de «Cangilón». Para ellos, especialmente para ellos os pido vuestro aplauso. Muchas gracias.

*José Belmonte Serrano*